

Sr. Defraudador,

Mis padres me han contado que mi abuelo Matías tuvo que marcharse del pueblo muy joven, como dicen ellos, con una mano delante y otra detrás, o sea, sin nada más que sus manos y muchas ganas de trabajar para conseguir un futuro y fundar una familia. Con el tiempo, se casó con mi tía Angelines y tuvieron 4 hijos.

Las palabras que mejor definen a mi abuelo son las de trabajador, honesto y austero, un buen hombre, aunque a veces fuera un poco cascarrabias cuando te dejabas la luz del pasillo encendida.

Desde el principio, se olvidó de su ambición personal y no quería otra cosa más que la prosperidad de su familia. Así que pensó que tenía que darles a sus hijos lo mejor, una buena educación con unos estudios que les permitieran vivir dignamente.

La familia consiguió su meta, con esfuerzo, viviendo sin grandes lujos y entre otras razones, gracias a la gratuidad de la educación y a las becas que todos los hijos, entre ellos mi padre, fueron ganándose para poder realizar unos estudios, que no hubieran podido acabar si hubieran tenido que pagárselos ellos con sus propios medios.

Mi abuelo nunca tuvo grandes posesiones, ni siquiera tuvo un coche, sus gustos eran sencillos, le gustaba pasear, jugar a la petanca, al guiñote con la abuela, y poco más. Mis padres me hablan de la importancia del esfuerzo, que las personas tienen que estar unidas y que no se es más feliz por tener más cosas sino por vivir entre personas felices. Me enseñan que lo que se comparte se disfruta más y que cuando uno tiene dificultades económicas, ahí están otros para apoyarle en lo que puedan, compartiendo entre todos los recursos, pero también los gastos.

Por eso, cuando en estos tiempos en los que todos los días vemos en la televisión tanta gente egoísta, que solo piensan en sí mismos, con una ambición tan grande por el dinero, quiero decirte que, si no contribuyes con tus obligaciones tributarias, lo que consigues es que no haya dinero suficiente para la educación, la sanidad, las carreteras, las jubilaciones, etc., pero no pienses que solo perjudicas a los demás, también estás perjudicando el futuro de tus hijos, el de tus nietos, el tuyo mismo. Quizá tú mismo necesites algún día esos servicios a los que hoy les niegas tu contribución y te sentirás culpable de haber colaborado en su deterioro. Si no hubiera defraudadores, seguramente podríamos pagar todos menos impuestos y estos serían más justos.

No defraudes a los tuyos, deja un buen recuerdo de ti y haz como mi abuelo, que se fue ligero de equipaje, pero lleno de satisfacción al saber que contribuyó a hacer de este un mundo mejor y más solidario.

No defraudes, contribuye a un mundo más justo.

Marta Sola Aguilera
3º ESO – IES Francisco Grande Covián (Zaragoza)